

Por mi parte, aunque a veces caigo razonablemente en la tentación de criticar su exceso de racionalidad fría, rápidamente reacciono un poco a favor de ella por rechazo de tanto sentimentalismo barato y tanto emocionalismo sin racionalidad presente en nuestros días. Si lo importante en la vida es no perder el hilo ni la coherencia, qué poco se parece Kant a ese abogado “que mientras hablaba estaba habituado a sacar del bolsillo un hilo de coser que enrollaba y desenrollaba incesantemente en torno a un dedo; cuando cierta vez el pícaro abogado contrario se lo sustrajo secretamente del bolsillo, se quedó aquél tan perplejo que no pronunció más que puros disparates, habiendo perdido también el hilo del discurso”[3].

Mantener el hilo del discurso de la dignidad del ser humano viviéndolo, profundizándolo y madurándolo es algo que pocos han logrado como Emmanuel Kant, según el cual la fortaleza moral (*fortitudo moralis*) constituye el supremo honor del hombre, por lo cual recibe el nombre de *sabiduría práctica*[4], de tal modo y manera que el placer desinteresado por *la belleza* es análogo a la sabiduría moral y conduce a ella, y ello no sólo un día, sino siempre y perfectivamente: “La edad en que el hombre llega al pleno uso de su razón puede colocarse respecto a su *habilidad* (la facultad de obrar con arte en cualquier sentido) aproximadamente hacia los veinte años; respecto a la *prudencia* (de emplear para los propios fines a los demás hombres) hacia los cuarenta; finalmente, respecto a la *sabiduría*, hacia los sesenta, época esta última de *sabiduría negativa* donde se comprenden todas las tonterías de las dos últimas, pudiéndose decir: ‘Es lástima tener que morir precisamente cuando se acaba de aprender cómo se hubiese debido vivir bien’, siendo incluso este juicio aún raro, ya que el apego a la vida se torna tanto más fuerte cuanto menos valor tiene ésta, así en el hacer como en el gozar”[5].

Kant fue un genio también en su dimensión creativa, lo que sin embargo no le enemistaba con los eruditos, a los que pinta así con su humor amable: “Por lo común los eruditos se dejan gustosamente mantener en estado de incapacidad por sus mujeres en lo concerniente a las disposiciones domésticas. Un erudito sepultado bajo sus libros respondió al grito de un criado de que había fuego en una habitación: ‘Sabéis que semejantes cosas incumben a mi mujer’”[6]. La obra menos técnicamente filosófica de Kant rezuma socarronería, por cual cita a Helvecio: aquella dama veía en la luna a través del telescopio las sombras de dos enamorados; el párroco, que observó a través de aquél a continuación, dijo: “No, señora: son las dos campanas de una catedral”[7].

También con las abejas laboriosas o cabezas almacenadoras fue piadoso quien además de tener una cabeza perfectamente amueblada tenía una cabeza genial: “De los taumaturgos de la memoria, un Pico della Mirandola, Escalígero, Angelo Poliziano, Magliabecchi, etc, los polihistoriógrafos que llevan en la cabeza como materiales para las ciencias una carga de libros bastante para cien camellos, no hay que hablar despectivamente porque acaso no poseyeran la facultad de juzgar adecuada para poder elegir entre todos esos conocimientos los pertinentes a un empleo conforme a un fin, pues ya es bastante mérito haber acarreado tan copiosamente la materia bruta, aunque otras cabezas tengan que venir después a trabajarla”[8].

En fin, Kant murió tal como vivió y enseñó, y por eso podríamos denominarle también y con toda razón *maestro de la tanatología*: “El temor a la muerte, natural a todos los hombres, incluso a los más desgraciados o al más sabio, no es un *pavor a morir*, sino, como dice Montaigne, a *la idea de estar muerto*, el hecho de que el candidato a la muerte cree

que tendrá aún después de ella figurándose el cadáver a pesar de que éste ya no es él mismo en el tenebroso sepulcro o en cualquier otro sitio. Esta ilusión no puede eliminarse, pues el pensamiento *no soy* no puede *existir* en absoluto, pues si no soy tampoco puedo tomar conciencia de que no soy; al negar el sujeto mismo hablando en *primera persona* el sujeto se aniquila a sí mismo, es una contradicción”[9].

Lamentablemente Kant, el hombre menos vanidoso del mundo, sólo supo pensar en primera persona; si no hubiera ignorado que el yo es una palabra dual, un *yo-y-tú*, tal vez hubiera podido analizar aún mejor la vida y la muerte. Pese a ello, gracias por ambas, maestro. Tenía yo 23 años cuando compre tus obras completas en XII volúmenes apretados y con papel biblia, y casi desde entonces me has acompañado bíblicamente. Siendo como somos *to-y-tú* la regalé después al mejor de mis alumnos. Hoy, desde la Ciudad de México, puedo afirmar también –como desde cualquier rincón del mundo en que me encuentre- que mientras yo viva vosotros no moriréis.

Carlos Díaz